

siglo anterior, no sin razon pretendia ser puesto al lado de los mas ilustres. Escritor insigne, sabia conservar aquel término medio sobre el cual está la declamacion, y bajo el cual se encuentra la trivialidad: enérgico y contenido al mismo tiempo, natural á la vez que correcto, debió al estilo gran parte de sus triunfos y la superioridad que adquirió sobre los escritores enfáticos que siguieron sus banderas. Pero en la poesía no sintió los ímpetus del genio que ignora su propia existencia; reputó bárbaro á Dante, miétras exaltaba al Tasso; señaló en Corneille todas las palabras atrevidas, todas las frases vivas, los idiotismos (1), con lo cual, osado en todo ménos en el estilo, dió al lenguaje cierta timidez que lo hubiera hecho vulgar, si hubiese perdido la elegante correccion que tenia.

Con este genio crítico, viendo que á su país le faltaba una epopeya, dijo: *yo se la daré*. Pero no dejándole su desprecio á la religion buscar el asunto en los tiempos poéticos, lo buscó en el siglo del exámen; y si bien en la *Henriada* ó *Enriquida* escogió el héroe mas popular de Francia, acaso no era posible, y ciertamente él no lo consiguió, elevarlo al ideal épico. Este poema está compuesto con arreglo á todos los preceptos y á todo el ceremonial de los poemas calcados sobre la *Enéida*; hay en él una tempestad, una relacion de sucesos, una Gabriela abandonada, una bajada á los reinos de la muerte, una predicción de grandezas y de males. Pero ni el siglo que describía era tan ingenuo que permitiese tales invenciones, ni aquel al cual se dirigía tenia bastante fresca la imaginacion para admitirlas. Nunca pinta las escenas campestres ni el sosiego de la naturaleza. En el paraiso diserta sobre la tolerancia religiosa y sobre la gravitacion newtoniana, sin abandonar nunca el terreno de la razon. Como obra política tiene la *Henriada* grandeza y elevados sentimientos; su autor delineó bien los caractéres, pero no creó un solo tipo. Esfuerzo de ingenio y de gusto hecho por vanidad, sin fe, sin veneracion al arte, tiene en medio de bellísimos pasajes, trivialidades no justificadas por el entusiasmo. Federico II la ponía al lado de la *Enéida* porque no habia leído esta última; la posteridad la pone por bajo de la *Farsalia* y encuentra su fábula ménos poética que la historia.

(1) Gallani, frívolo adepto de aquella filosofía burlona, opuso á las últimas críticas de Voltaire sobre Corneille una doctrina digna de reflexion: « Du mérite d'un homme, il n'y a que son siècle qui ait droit d'en juger; mais un siècle a droit de juger d'un autre siècle. Si Voltaire a jugé l'homme » Corneille, il est absurdement enuieux; s'il a jugé le siècle de » Corneille, et le degré de l'art dramatique d'alors, il le peut; » et notre siècle a le droit d'examiner le goût des siècles pré- » cédents... Je suis tombé sur des notes grammaticales, qui » m'apprenaient qu'un mot ou une phrase de Corneille n'était » pas en bon français. Ceci m'a paru aussi absurde, que si l'on » m'apprenait que Cicéron et Virgile, quoique Italiens, n'é- » crivent pas en aussi bon italien que Boccace et l'Arioste. » Quelle impertinence! Tous les siècles et tous les pays ont » leur langue vivante, et toutes sont également bonnes: cha- » cun écrit la sienne: » Carta á M. d'Épinay.

En las tragedias, secundando la reforma comenzada por aquel Crebillon á quien maldecia, quiso reemplazar con la severidad la suavidad descolorida de algunas escenas; no le arredraron la pompa del teatro griego, ni la grandeza del inglés, y en estas tentivas mudó de géneros, pero en ninguno llegó á la perfeccion. Conocia maravillosamente el secreto de las fuertes emociones y el arte de producir efecto en los espectadores, cuyo gusto estudiaba sin hacer de ello caso de conciencia como Racine; buscaba los golpes de teatro, el efecto de las decoraciones, de las declamaciones, de los sentimientos exagerados, mas bien que el profundo estudio del corazón, las locuciones apasionadas con preferencia á las correctas, el éxito inmediato ántes que la inmortalidad; otras veces imitaba inoportunamente resignándose á seguir los preceptos de los maestros, conservando las declamaciones y las perifrasis, pero no la sencillez de sus dos grandes predecesores; y así, aunque tiene trozos y versos bellísimos, le falta un estilo suyo propio. En el *Edipo*, en la *Artemisa*, en la *Mariamne* se habia hecho el mejor imitador de Racine; pero despues se hizo original y se mostró mas apasionado, mas atrevido en los recursos dramáticos. En la *Merape* recurrió ménos á los antiguos que el Italiano Maffei, creyendo mejorarlo aun en los pasajes en que lo empeora. Tal entusiasmo excitó, que el público negó á la duquesa de Villars, en cuyo palco estaba, que le diera un abrazo. El *Oréstes*, donde puso en segundo término los confidentes y los amores, es mucho mas complicado de lo que permite la índole griega.

No obstante haber mostrado hácia Shakespeare una admiracion de artista, le colmó de vituperios cuando vió que otros le citaban para mostrar lo que de él habia tomado y para probar la inferioridad del talento respecto del genio; y aun se jacta de haber sido el primero en recoger algunas perlas en el inmenso basurero de aquel *barbárico histrion*. Á imitacion suya introdujo en la escena los espectros, pero sin grandeza, dignidad ni gusto. En el *Bruto* imitó el *Julio César* de Shakespeare, en el cual tanta parte y tan natural se reserva al pueblo, pintando bien el amor á la libertad y las intrigas de los reyes destronados, pero sin atreverse como el inglés á decir la verdad desnuda. En el *Bruto II* creyó deber aumentar el horror del parricidio; tragedia débil lo mismo que la de *Catilina* y que todas aquellas cuyo plan se enlaza y desenlaza en la escena misma. Mas se eleva en los asuntos nuevos, presentando los héroes cristianos que desde la representacion del *Cid* habian sido desterrados del teatro: la invencion de la *Zaira* es eminentemente poética; pero; cuán inferior á la verdad con que están retratadas en Shakespeare la pasion de Otelo y la maldad de Yago! En *Zaira* no se encuentra la mujer oriental nacida para el amor y sus trasportes; los prisioneros cristianos están magistralmente caracterizados, pero

el interes que inspiran disminuye la dignidad del personaje de *Zaira*, obstinada en amar al feroz Orosman. Así como en esta tragedia habia puesto en contraste á los Orientales y á los Europeos, en la *Alceira* puso en pugna á los Españoles y á los Peruanos, y es bella la lucha que presenta entre los nuevos deberes y los hábitos y sentimientos antiguos. En el *Tancredo* reproduce los sentimientos caballerescos del *Cid* y nobilísimos sacrificios, pero en la ejecucion se embaraza y decae. En el *Mahoma*, siguiendo su idea sobre las religiones, presenta al Profeta como un astuto impostor, como si tan grandes hechos pudieran ejecutarse sin entusiasmo (1); y el fin que se propone le conduce á exagerar las crueldades. Apénas merece nombrarse el *Huérano de la China*, tejido de inverosimilitudes como las tragedias de baratillo que no piden á la historia mas que un nombre y una catástrofe.

Napoleon decia que « Voltaire no habia conocido en las tragedias, ni las cosas, ni los hombres, ni las grandes pasiones, » y sin embargo son su obra mejor, porque en ellas no habla en nombre propio. Era demasiado maligno para ser gracioso en las comedias y demasiado superficial para desarrollar completamente un carácter; y siendo inimitable en satirizar las opiniones y las doctrinas, no sabia dibujar el lado ridículo de los caractéres, únicos que pueden ponerse en accion.

Viendo que su siglo de oposicion y de reforma queria máximas filosóficas, atestó de ellas sus poesías; y así como urdió sus tragedias sobre tésis morales, de la misma manera por el modelo de Pope compuso *sermones en verso*. Sus poesías filosóficas tienen toda la belleza que puede esperarse de una moral sin religion y de una metafísica sin creencias: instruyen, no conmueven; dan lecciones sobre la vida, pero no inducen á mejorarla. Ademas se dirigen á otro objeto distinto del arte, esto es, á favorecer la independencia de la razon, á difundir el escepticismo, á quitar todo freno á las costumbres; y el sensualismo corta las alas á la inspiracion.

No se le puede acusar de haber abatido deliberadamente la moral y la religion: la moralidad ya habia desaparecido; ya se habian conmovido las creencias, y él, arrojándose en la corriente general, no trató sino de agradar, y hubo de usar de las exageraciones inevitables en quien toma sobre sí la tarea de dirigir un fuerte y vigoroso ataque. Acarició la idea de la emancipacion de los pueblos, pero creyó encontrarla en aquella molición de las costumbres y en aquella debilidad de las creencias, que son por el contrario puntales del despo-

(1) Debía reirse de sí propio y de los demas cuando escribia esta dedicatoria á Benedicto XIV: « Beatísimo padre: Vuestra Santidad perdone el atrevimiento que se toma uno de sus mas ínfimos fieles, pero uno de los mayores admiradores de la virtud, de someter al jefe de la verdadera religion esta obra » contra el fundador de una falsa y bárbara secta. » No es tampoco decorosa la respuesta con que Benedicto XIV honró al autor de la *Pucelle*.

tismo. Á la reforma por medio de la licencia tienden, en efecto, sus deliciosas novelas, donde no se propuso presentar como los Ingleses el retrato sencillo y verdadero de la sociedad, ni como los modernos el desarrollo de una pasion, sino demostrar una tésis, encontrar un camino por donde insinuar en la clase mas numerosa sus ideas, manteniéndose en las condiciones del gusto y del arte; atacar la política, la religion, las costumbres con inagotable ironía, inspirar la moral de los goces materiales.

No de otro modo concibió tambien la historia. Ha dicho Schlegel que Voltaire perjudicó ménos con su impiedad que con el falso espíritu que infundió á la historia, la cual, en efecto, de sería y oficial aduladora, como habia sido en tiempo de los reyes precedentes (1), se tornó en oposicionista y epigramática. Voltaire hizo de ella una arma como de todo lo demas: no eligió para sus narraciones entre la elocuencia de los siglos de oro y la sencillez de los primitivos, sino que las redujo á lánguidas declamaciones, haciendo caricaturas en vez de retratos. Su *Historia de Carlos XII*, donde los sucesos encuentran su explicacion en la narracion misma, y donde interesa los ánimos en la suerte de un héroe enteramente guerrero, sin justificar por eso la guerra, es mas épica que la *Henriada*, porque en ella se trataba solo de pintar, en lo cual es incomparable por su rápida elegancia y naturalidad, elevándose á veces hasta el entusiasmo. Para contrabalancear la decadencia del gusto, las paradojas de Rousseau contra las letras, la libertad de los filósofos, que cesó de agradarle desde el momento en que le privaba de parte del incienso que ántes se dirigia á él solo, y para tranquilizar al gobierno que temia á los escritores, describió el *Siglo de Luis XIV*, obra que es toda ella un panegirico, sin revelar ni la idea fundamental de aquel siglo, ni el cambio que habian sufrido entónces las costumbres; sin recordar que un rey tiene otros deberes mas que el de hacerse admirar, y que la Francia tenia otras glorias ademas de la elegancia de sus escritores. ¿Pero podia comprender aquel siglo un hombre como Voltaire, que habia sido siempre adulador de los reyes, que habria querido ver destruidas las historias que revelan sus delitos (2); que detestaba á los curas y á los frailes porque habian enfrenado la arbitrariedad real y favorecido al pueblo (3), á aquel pueblo tan vil á sus ojos? Por tanto sean justas ó no aquellas guerras, haya ó no aquel lujo arruinado á la Francia, él admira; y porque mas brille y resplandezca aquel bar-

(1) Gomberville en 1620 proponia con seriedad que se reservara á los reyes el derecho de hacer escribir la historia y de mandar desollar vivo á quien la escribiese sin su licencia. (*Disc. des vertus et des vices de l'histoire*, pág. 158.) Muy posteriormente Camusat (*Hist. crit. des journaux*) desaprobaba la libertad de la prensa, por la sencilla razon de que ni aun Agripina hubiera aprobado que un periodista indiscreto hubiese anunciado los pormenores de la muerte de su marido.

(2) Entre otros pasajes véase la *Correspondencia*, t. III, p. 276, Carta á Federico II.  
(3) *Id.*, p. 131.

niz de gloria, trata de bárbaros á los siglos precedentes. Despues, á la manera de los escritores de ciertas vidas de Santos, distribuye en categorías diversas los diferentes hechos, no sabiendo abrazar con una mirada los acontecimientos, los caracteres, ni las costumbres; de donde resulta, que por su obra se conocen los casos y las anécdotas, pero no se conoce el siglo, ni acerca de él puede formarse un juicio fundado.

*El ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones* es una tesis contra la potestad eclesiástica. Con una erudicion que parece extensa por lo temeraria, y que no puede exigirse que sea completa, porque el título y el método inconstante que sigue lo impiden, reúne hechos y anécdotas tomados de las fuentes ménos usitadas; pero en vez de dar con ellos originalidad á la narracion de las acciones principales y animar la pintura de los movimientos de la sociedad, los condensa en capítulos distintos; método á propósito para poner su propia persona en vez de la verdad y sus opiniones en lugar de los hechos. Se rie en los graves desastres y en las magnánimas desventuras; no aprecia en nada el poder de los caracteres, ni coloca á los hombres en el puesto que les corresponde; deléitase en asignar pequeñas causas á grandes sucesos, en rebajar á los héroes, en *mofarse de los dos hemisferios*.

Así el mérito que Voltaire habria podido adquirir emancipando la historia y familiarizando la sociedad con las opiniones nuevas é independientes, lo perdió por su espíritu sistemático y por aquel título de filósofo á que aspiraba; y sus obras sirvieron para corromper el sentimiento histórico, que entonces como todo lo demas, experimentando la malhadada influencia de Locke, lo deducia todo exclusivamente de la sensacion. El salvaje siente una necesidad, medita acerca de ella é inventa el modo de satisfacerla; observa á los animales y aprende, y la invencion procede por línea recta y lógicamente. Tal es el modo con que Buffon, Raynal, Temple, construyen la civilizacion, y Condillac el sistema entero de los conocimientos. Pero el salvaje difícilmente se desprende de su indolencia habitual; no importa, se espera á que lleguen esos casos extraordinarios, que se renuevan solo en larguísimos intervalos, y para esto se multiplican los siglos hasta lo infinito. De ideas innatas, de una civilizacion primitiva nada se dice; en su lugar se ponen la naturaleza, la inteligencia, la lógica. Unos recurren á generaciones que vivieron ántes de las nuestras, colocándolas acá y allá, en Tartaria ó en Siberia, ó en la Nueva Holanda, con tal que no sea donde las pone la tradicion mas antigua, y con tal que no se pregunte de quién habian aprendido. Otros atribuyen los descubrimientos y la civilizacion al genio, pero este, segun Helvecio, no es mas que la fortuita combinacion de sensaciones, lo cual hace que volvamos al principio mismo.

La historia por consiguiente, diosa repudiada, no fué ya mas que un farrago de accidentes; el acaso creó las religiones entre los hombres, aterrorizados por los cataclismos; la casualidad de haber ido un ermitaño á Jerusalem produjo las Cruzadas; la casualidad de morir un Nazareno crucificado alteró la sublime arquitectura del imperio romano; ¿qué mas? la casualidad de pasar un cometa que chocando con el sol le arranca algunos fragmentos, produce este hermoso órden planetario, esta tierra sobre la cual el acaso con mil vaivenes nos mantiene un momento para arrojarnos despues entre los átomos vagantes por el espacio.

¿Á qué, pues, estudiar la historia si nada puede lo pasado enseñarnos para el porvenir? A lo mas servirá, como quiere Condillac, para lo que servia aquel ilota ebrio en las cenas de Esparta (1). Otros tambien la hacen inútil á fuerza de escepticismo (2), para lo cual ya habia abierto la brecha Bayle hallando para todas las opiniones igual abundancia de pruebas. En vano Freret (3) intentó una metódica oposicion señalando los límites de la duda; ávidamente se acumularon los errores y las contradicciones encontrados acá y allá, hasta llegar á afirmar con Volney que solamente de un siglo á aquella parte se tenia historia verdadera, esto es, desde el tiempo en que de Venecia comenzaron las gacetas, « monumentos instructivos y preciosos » hasta en sus errores, porque las contradicciones en que incurrían presentan bases fijas » para la discusion de los hechos (4). » Así como el Usbek de Montesquieu creia ridículas nuestras costumbres porque las comparaba con las suyas, así se queria juzgar á las generaciones pasadas con la medida contemporánea, y medir todas las grandezas con el pié de Paris.

Reduciase, pues, la historia á narraciones de hechos inconexos ó á una acumulacion de razonamientos abstractos. Empalagosa é inexacta, no referia, reflexionaba, no decia cómo acaecieron los sucesos, sino por qué. Así el público se hacia ignorante, porque para comprender bien los libros y las obras de los pasados siglos, se requiere tenerles en estima y aprecio, mientras que aquel que solo pretende tomar la sustancia, desconoce su mérito, aspirando solo al charlatanismo del saber con ostentar conocimientos positivos.

(1) Tambien Rousseau dice que los hombres sensatos deben considerar la historia como un tejido de fábulas, cuya moral es muy á propósito para el corazón humano.

(2) Hubo quien calculó que ocupando ochocientos años diez y ocho horas diarias, no se conseguirian leer todas las obras históricas contenidas en la Biblioteca Real.

(3) Sobre la certidumbre histórica.

(4) VOLNEY, *Leçons d'histoire prononcées à l'École normale*, pág. 37. Merece verse el plan que da de una historia universal. Para escribirla, exige el trabajo unánime de una Academia general histórico-filosófica, dividida en siete secciones: una céltica, otra helénica, otra fenicia, otra anglosajona, dos para las lenguas mogola, calmea, sanscrita y china, y una para comparar las lenguas del Asia Oriental con las de la América Occidental. Verdaderamente de aquí saldría una obra filológica; y despues ¿qué sería una Historia Universal escrita por una Academia?

Rollin.  
1661-  
1741.

No se crea, sin embargo, que entonces cesó de estudiarse la historia seriamente, ántes bien parece que algunos se obstinaron en este estudio por oposicion á la ligereza que se habia introducido en él. La Bletterie se puso de parte de los conservadores, pero envolviéndose en un estilo florido quitó á su *Historia de Juliano* la originalidad del asunto. El presidente De Brösses, renovando á Salustio, cuyo estilo sabia imitar en cierto modo, no olvida ninguna particularidad por mínima que sea, elogia las costumbres antiguas, pero admite al mismo tiempo el libre examen, y parece original, aunque formó su narracion á retazos. Le Beau sabia el latin mejor que ningun Frances; y pedante; pero exacto, nos suministra algun hilo en el intrincado laberinto del Bajo Imperio; pero ó desconoció la importancia del Cristianismo y de las misiones, ó temió que le llamarán preocupado. Carlos Rollin, natural de Paris, de la escuela de Port-Royal modificada, cordial y sincero amigo de la juventud, como hombre de bien vió su propia honradez en todos y en todas partes, hasta en los Romanos; pero al mismo tiempo que á los héroes de Plutarco, admira á los humildes y pacientes del Evangelio. Sospechoso de haber escrito folletos jansenistas, el cardenal Fleury le reprendió por haberse salido de su esfera. Perseguido por el regente, la Academia no se atrevió á admitirlo en su seno, y él sufrió los contratiempos con paciencia. Separado de la enseñanza á los sesenta años, se dedicó á la historia romana y á la antigua; el público le dió la compensacion que el gobierno le negaba, y Federico II le escribió cartas tan lisonjeras como á Voltaire. Escaso de erudicion verdadera y mas todavía de critica y de originalidad de exámen, no investiga el valor de las autoridades, bastándole para creer cualquiera cosa que la haya dicho un antiguo; pero agrada por el sabor moral y por la buena intencion de sus escritos. La misma bondad muestra en el *Tratado de los estudios*, en la cual traspiran sus sencillas impresiones de lo bello y su juicio recto, y donde hizo servir el arte en provecho del buen sentido y de la experiencia del genio, educando á los jóvenes para la sociedad.

Montfaucon, Winckelman, Caylus, meditaban sobre el arte antiguo; manuscritos árabes, turcos, persas, enriquecian la Biblioteca Real; fundáronse cátedras de lenguas orientales; Renaudot, Herbelot, Petit de la Croix, revelaban la historia civil, política y religiosa del Oriente; Deguignes explicaba la de los Hunos y la de los Turcos, y Anquetil-Duperron traía de la India y de la Persia los códigos sagrados como Galland habia traído las *Mil y una noches*. Continuaba en la Academia de Inscripciones la critica desapasionada, y ademas de las instituciones griegas y latinas se estudiaban las nacionales, siendo recomendable en esta parte la paciencia de Fontcemagne, de La Porte-Duthei, de Barthelemy, de Vaillant. Los Benedictinos seguian sus laboriosas compilaciones, y bastará citar los cinco

tomos de documentos de Brequigny (1763-90), en cuyos prólogos se interroga la historia pasada de Francia con severa é ilustrada conciencia, y se plantea claramente el problema de las libertades municipales de la edad média, disponiéndose así el camino para encontrar el origen del tercer estado. En 1778 se empezó la gran Coleccion de los historiadores de Francia, que dió impulso á tantas otras; y salieron á luz la *Historia del Languedoc*, de Dom. Vaissette; la *de Bretaña*, de Dom. Morice; la *de Borgoña*, de Dom. Plancher; la *Historia literaria* á expensas del rey, la *Coleccion de diplomas* y la *Gallia christiana* de los hermanos Saint-Marthe; mientras Clement, Clemencet y Durand publicaban el *Arte de comprobar las fechas desde Jesucristo* (1750-87).

Pero los historiadores de la multitud no eran estos; ni la sencillez inculta de los eruditos podia prevalecer sobre el fragor sentencioso y hueco de los filosofistas, sobre todos aquellos *espíritus fuertes*, entonces en moda, hábiles en el arte de publicar máximas sin conexión, y de parecer profundos sin poseer la materia de que trataban.

Anquetil, en el *Espíritu de la Liga*, se atrevió á usar las expresiones de los antiguos cronistas, abandonadas como duras y rancias, y despues abusó tanto de las citas, que vino á ser casi un compilador. Su narracion es natural y rápida, pero sin elevacion y con ideas preconcebidas; hace reflexionar poco, se conmueve rara vez y no se enfada nunca; quiere compensar los hechos mas horribles con algunas buenas cualidades, y cree haber profundizado mucho el asunto porque dijo alguna espresion feliz sobre la Liga ó sobre la diplomacia de Enrique IV.

Boulanger, obligado á vivir como ingeniero de minas en las entrañas de la tierra, encontró en todas partes vestigios de un diluvio, y pensó descubrir sus efectos en nuestra raza. Estudió, pues, el latin para comprender á los Romanos; hallando al mundo romano demasiado jóven, interrogó á los Griegos; entonces conoció la necesidad de remontarse hasta los Orientales, y habiendo aprendido el idioma de estos, sondeó sus tradiciones y bosquejó una historia universal llena de ideas fecundas, aunque mutiladas é inconexas: paciencia muy laudable, si no le hubiese llevado únicamente á la duda y á la negacion.

El presidente Henault, filósofo, y sin embargo en oposicion con los filósofos, en su *Abrégé cronologique*, llenó de aridez la historia, pero popularizó las investigaciones sobre los primeros tiempos de Francia, sosteniendo siempre el absolutismo de los reyes. En sus *Observaciones* explicó la historia de Francia por medio de las leyes y de las costumbres, y si no evitó el universal anacronismo de pintar el siglo en que se vive hablando de otro diferente, á lo ménos predicó la necesidad de evitarlo. Hombre grave y austero, no podia mezclarse con la

Anquetil.  
1723-  
1808.

Boulanger.  
1722-30.

Henault.  
1685-  
1770.

turba burlona; acusaba á Voltaire de tener mala política y mala moral; pero idólatra de la sociedad antigua, no comprendía los progresos de la nueva, y censurando á su época se ilusionó con los tiempos de Esparta, anticipándose en esto á Rousseau.

Á su ejemplo se multiplicaron los cuadros de historia, los compendios, las historias universales. Saint-Marc hizo la de Italia, tomada de Muratori; Mehegan compuso una moderna, continuacion de la de Bossuet, de la cual dista mucho en la forma y muchísimo en las ideas; Hardion publicó una historia universal larga y frívola para uso de las princesas, y Millot y Condillac escribieron, para instruccion del duque de Parma, los *Discursos sobre la historia* y la *Historia universal*. Mably (1), hermano de Condillac, razonador árido pero animoso, desfiguró la historia nacional para acomodarla por fuerza á su sistema político de la democracia, sin comprender al mismo tiempo los progresos de esta última al través de las instituciones romanas y francas. Su obra, novela absurda y temeraria, fué puesta en las nubes, porqué tenía un objeto que entonces agradaba. Siguiendo otra moda, Mably censuró las costumbres de su siglo, no viendo en todas partes mas que frivolidad y ensalzando lo antiguo: método á propósito para hacer inexplicable la historia. Así juzgó barbarie todo cuanto llevaba el sello de la época, creyendo dignas de alabanza tan solo las repúblicas antiguas, y predicando en vez del progreso la necesidad de volver á lo pasado.

Ciertamente era idea grandiosa esta de aplicar á la historia la filosofía, erigiéndola en ciencia mas ó ménos rigurosa, que explicase las obras de los hombres y de la sociedad. Pero la intolerancia y las preocupaciones la extraviaron; renegábase de los hechos y descomponíalos en anécdotas, y se infundía el clasicismo pagano en las historias, no ménos que en literatura y en la política.

Si hay una ciencia viva, de accion, que necesita estar al lado del pueblo é inspirarse en la sublime sencillez del mismo, es la historia: ahora bien, los filosofistas eran extraños á los asuntos públicos; erigian en su gabinete un altar á la verdad, de la cual se consideraban sacerdotes, pero no aspiraban tanto á hacerla triunfar como á obtener incienso de sus lectores, esto es, de la clase culta. De aquí los defectos principales de las historias, como de otras obras de aquel tiempo: retóricas ó sofísticas, desfiguraban la fisonomía de los hechos ó personajes para atraer sobre ellos aplauso ó censura, y con pretexto de interpretar los filosóficamente, se alteraban los sucesos hasta convertirlos á veces en alusiones.

Guillermo Raynal era un buen abate ex-jesuita, que en la *Historia filosófica de las Dos Indias* trató sabiamente de un arte y de unas

Raynal.  
1743-  
1790.

(1) *Observations sur l'histoire de France.*

clases hasta entonces vituperadas, encomiando el comercio y realzando á los obreros. Temiendo que el público hiciera de esta obra tan poco caso como habia hecho de sus primeras, la llenó de digresiones sin conexión ni coherencia; de reconvenções y consejos, que daba con petulancia á todos los gobiernos; de declamaciones infladas y virulentas, que recogia en la espuma de los improvisos de Diderot, y que destilaba con todo el entusiasmo del plagio. Aunque escarnecía á los reyes y sacerdotes, no pudo conseguir los honores de la persecucion, y se vendia quasi libremente su obra anónima, por lo cual él, que queria hacerse condenar, la reimprimó con su nombre y su retrato, añadiendo mas violentas declamaciones y alusiones evidentes contra el ministro Maurepas: con lo cual, quemada que fué por el verdugo, pudo exhalar con este motivo su clamoroso despecho. Su método era discurrir sobre todo lo que le venia á la pluma, lo mismo acerca de los diamantes de Golconda que de la pimienta de las islas Maldivas, de los Judíos como de los Gitanos, sustituyendo á los pormenores verdaderos los adornos de moda, sin critica y sin conciliar las contradicciones, adoptando lo que le ofrecian colaboradores empleados por él para este efecto (1). Hacia consistir el estilo en hincharse mas de lo que podia y terminar con epifonemas; la filosofía en declamar continuamente contra la perversidad del hombre civilizado y contra toda religion, especialmente contra la nuestra; lo cual bastaria para darlo á conocer como Cristiano, á pesar de las protestas que hizo de no querer que se supiese de qué país ni de qué religion era (2). Apasionadamente impetuoso como en la víspera de un ataque, hizo de la palabra un instrumento de demolición, queriendo con poca fe y mucha vanidad sustituir á la verdadera independencia y á la verdadera filantropía una independencia y una filantropía que no eran ni la antigua caridad cristiana ni el nuevo egoísmo; de suerte que á los unos y á los otros desagradó. Ningun autor, dice Barrante, se habia mostrado hasta entonces tan falto de razon en sus ideas y de moderacion en el modo de expresarlas (3). Con opiniones de-

(1) Entre estos el mas laborioso fué Pechmeia, que cito solamente por recordar su amistad con el médico Dubreuil. Cuando decian á Pechmeia que no era rico, respondia: *Pero lo es Dubreuil*. Este, acometido de una grave enfermedad, llamó á Pechmeia y le dijo: «Amigo, mi mal es contagioso, y por tanto no puedo permitir que nadie me asista mas que tú: haz que se retiren todos los demas.» Pocos dias sobrevivió Pechmeia á su amigo.

(2) «O vérité sainte, c'est toi seule que j'ai respectée. Si mon ouvrage trouve encore quelques lecteurs dans les siècles à venir, je veux qu'en voyant combien j'ai été déchargé de passions et de préjugés, ils ignorent la contrée où je pris naissance, sous quel gouvernement je vivais, quelles fonctions j'exerçais dans mon pays, quel culte je professais; je veux qu'ils me croient tous leur concitoyen et leur ami.»

(3) Turgot escribia á Morellet (*Mém.* I, 213): «J'ai été choqué de l'incohérence de ses idées, et de voir tous les paradoxes les plus opposés mis en avant et défendus avec la même chaleur, la même éloquence, le même fanatisme. Il est tantôt rigoriste comme Richardson, tantôt immoral comme Helvétius, tantôt enthousiaste des vertus douces et

lirantes y con un énfasis ridículo de palabras, hizo gala de principios opuestos á todo buen orden social; no hay delitos de los cometidos en la Revolucion de Francia que no hubiese invocado este declamador; sin embargo, cuando vino la revolucion, retrocedió espantado, porque la confianza de un autor encerrado en su gabinete cede despues ante el choque de la experiencia.

Nicolas Freret, de Paris, habia examinado con atrevida critica los Evangelios, oponiendo á la autenticidad de los verdaderos los muchos falsos que corrian desde un principio, y asegurando que si Cristo nos hubiese rodimido del mal y del pecado, el Cristianismo no habria sido causa de una serie de guerras de religion y de persecuciones.

Estos hacian expresa profesion de historiadores; pero tambien los demas de aquel bando buscaban en la historia armas contra la revelacion y contra los gobiernos, y la hacian depositaria de sus rencores. Voltaire les habia enseñado á afirmar sin exámen: *Mentid sin miedo, que siempre quedará algo*. Y en efecto, entre el vulgo docto quedaron muchas de las aserciones de esta manera aventuradas, y á los defensores de la verdad todavía se les echan en cara aquellas que con desfachatez se asentaban en la guerra cotidiana y pequeña que sostenia contra la Biblia, contra la fe, contra la antigüedad, segun un programa aun mas desvergonzado que impío (1). No fijando

» tendres, tantôt de la débauche, tantôt du courage féroce; » traitant l'esclavage d'abominable, et voulant des esclaves; » déraisonnant en physique, déraisonnant en métaphysique, et » souvent en politique, etc.»

(1) « Par les traditions des Prophètes, et avant eux des Patriarches, notre religion remonte à la naissance de la société. Cette antiquité est bien imposante; il faut absolument la discréditer, bafouer son berceau, ébranler ses colonnes, les livres de la Bible. Ayant rendu risibles les graves Patriarches, convaincu Moïse d'ignorance et de cruauté, conspué le Génèse, ce sera pur divertissement de tarlupiner les Prophètes, d'affirmer que leur mission était un métier, que l'on s'y exerçait comme à tout autre art; qu'un Prophète, à proprement parler, était un visionnaire, qui assemblait le peuple et lui débitait ses rêveries; que c'était la plus vile espèce d'hommes qu'il y eût chez les Juifs; qu'ils ressemblaient exactement à ces charlatans qui amusent le peuple sur les places des grandes villes. Arrivés à ce point, il nous sera facile de montrer qu'un homme adroit, entreprenant, ayant acquis dans ses voyages des notions de physique, de jonglerie, même de magnétisme, choisit, pour exploiter la crédulité publique, une contrée lointaine, une population ignare, séparée de la civilisation romaine par son langage et ses mœurs, entichée d'une attente superstitieuse; que, s'appliquant quelques passages des visionnaires Juifs nommés Prophètes, il réussit à tromper la foule; à passer pour le Messie, ce qui signifie un envoyé, un homme chargé d'une mission. Les rieurs mis de notre bord, il y aura beau jeu à houspiller les bons Apôtres, les douze faquins, surtout les écrivains Marc, Jean, Luc, Mathieu; à épouvanter leur évangile, et à lui donner des nazardes. En toute assurance nous pourrions insinuer que le culte chrétien, comme tous les autres, est l'œuvre plus ou moins imparfaite des hommes passionnés, menteurs, aveugles; que s'il était de Dieu, naturellement il élèverait la dignité morale au-dessus des craintes superstitieuses de la conscience; mais qu'en réalité, au lieu d'être fait à l'image de Dieu, l'homme a plutôt fait Dieu à sa propre ressemblance, le gratifiant des défauts et des vices dont il fourmille lui-même. Quand on aura répété toutes ces choses, notre temps sera venu. Mais comme seul parmi toutes les religions, le Christianisme offre une suite imposante de récits et de faits, c'est cette succession con-

su atencion, como todo sensualista, sino en los fenómenos, Voltaire no vió sino movilidad y capricho en la marcha del mundo, sometiéndolo todo á pequeñas causas y haciendo la sátira de la Providencia. Difícil sería enumerar sus errores históricos. Para él son miserables albañiles aquellos Egipcios cuyas maravillosas construcciones se revelaban entonces; para él, que niega la antigüedad de la Biblia, el mas antiguo de los libros sagrados es el Ezurvedam, catecismo compuesto en lengua india por un misionero; el Zendavesta rivaliza con él en antigüedad, como el Sadder, que Voltaire toma por nombre de autor cuando es un comentario escrito hace trescientos años. Ataca á la fe de un país, y sin embargo dice que Cristo fué justamente condenado, porque *quien se subleva contra la religion de la patria merece la muerte*: echa en cara sus hogueras á la Inquisicion, y al mismo tiempo declara vil la tolerancia usada con los oprimidos. Hace citas falsas, y á un raciocinio que se le opone, á un error que se le descubre, responde con una argucia ó con un insulto. Pinto, Judío de Burdeos, se lamenta de las continuas injurias que lanzaba contra su nacion, y Voltaire le da la razon, pero prosigue: entonces el abate Antonio Guenée, buen escritor, inteligente en idiomas antiguos y modernos, y que habia traducido del inglés las producciones de muchos apologistas del Cristianismo, tomó á su cargo la tarea de combatir á aquel genio mordaz, y lo hizo con erudicion, gusto y viveza de estilo (1). Por respeto á la intolerancia del siglo, no se atrevió á manifestar abiertamente sus creencias, pero explicó bastante bien la legislacion de Moises, y puso en claro las bellezas poéticas de los libros santos. Fuerte atleta, hizo sentir á Voltaire el filo de su propia arma, la ironía, y con admirable flexibilidad de tono y de formas y con moderacion contundente, descubrió en sus escritos millares de errores, pasajes que demostraban una inexcusable ignorancia, y sobre todo una intolerancia peor que de inquisidor. Voltaire no le respondió mas que con chocarrerías triviales: multiplicó sus golpes de ingenio y sus agudezas; se dió el aire de vencedor sin haberse sincerado de una sola tacha, ni haber rebatido una sola razon (2); y el siglo continuó leyendo al adulator de sus pasiones y sentimientos.

Porque el siglo tenia la loca pretension de saberlo todo sin haber aprendido nada, de decidir soberanamente en materias de ciencia, habiendo saludado apenas sus rudimentos. Estos fueron, pues, el arsenal de donde se sacaron

» timue qu'il faut rompre, c'est cette antiquité vénérable qu'il » importe de démolir. » VOLTAIRE, *Bible expliquée, Esprit du Judaïsme.*

(1) *Lettres de quelques Juifs portugais, allemands et polonais à M. de Voltaire.* — Otros revelaron y combatieron tambien los errores de Voltaire, y entre ellos Nonnotte, *Erreurs de Voltaire*, y Larcher, *Supplément à la Philosophie de l'histoire.*

(2) Voltaire escribia á d'Alembert: « El secretario judío... es maligno como un mono; y muere á sangre fria fingiendo que besa. » (8 de diciembre de 1772.)

A. Guenée.  
1717-  
1803.